

episodio, es algo que supera a toda fantasía. Osvaldo Wegman, nos muestra otro interesante aspecto de la vida austral en «El Caleuche». Se ve al hombre saturado de paisajes y leyendas que interpreta en un lenguaje que aun es como un instrumento del cual no alcanza a arrancar sus mejores armonías.

Hermoso el cuento de Oscar Castro, «El Callejón de los Ganzos» que ya conocíamos en su libro, «Huellas en la Tierra», que es como una fina acuarela campesina, impregnada de poesía, aunque completamente desconectada de la realidad. «Rebelión», de Baltasar Castro, nos parece malo con ganas. Falso y con pujos de cosa trascendental. Fuerte y rico en emoción «El Parto» de Manuel Guerrero. «La ley de los peces» no nos convence como expresión de realidad. Conocemos otros cuentos que reflejan mejor la calidad de cuentista que hay en Leoncio Guerrero.

Hemos dado opiniones que pueden ser erradas, pero en todo caso reflejan la verdad sincera y honrada de nuestra apreciación. Y hay que agregar que estos jóvenes escritores son una bella y gran promesa para nuestra literatura. La mayoría de ellos, por su técnica, por su estilo, por la forma de exteriorizar su emoción, son aun frutos en agraz.

Y no puede ser de otra manera, aunque Nicomedes Guzmán, vea, arrastrado por su ímpetu generoso y cordial, un maestro en cada uno de ellos. Ya vendrán los años para hacerlo enmendar muchos juicios o rectificarlos.—LUIS DURAND.

 <https://doi.org/10.29393/At198-12EPMF10012>

EL PRECURSOR, novela por Manuel Frontaura Argandoña. Edit. Zig-Zag. Santiago.

Esta Hispanoamérica nuestra oculta múltiples y diversos tesoros en sus extrañas geológicas. Desde el rubio metal bizantino, dios tirano e inescrupuloso del mundo, y la plata ambigua,

que alardea su blanca prestancia en toda suerte de cosas y de fines, hasta el sobrio hierro forjador de hazañas heroicas y colaborador en las humildes faenas cotidianas. Y oculta, soterrados por los ciegos aluviones del tiempo, grandes hechos que aguardan, no la codiciosa pica del minero, sino la mágica pluma que los vuelva a la clara luz de la historia con el sólo impulso del espíritu.

En este libro de Manuel Frontaura Argandoña reluce como un tesoro incalculable, una vida forjada a espada hace más de trescientos y tantos años, y cuya memoria habíase perdido entre las páginas polvorientas de las crónicas. Es la vida de un hidalgo de vieja estirpe castellana, nacido en la ya opulenta villa de San Andrés de Potosí. Infante aun, hieren su sensibilidad dos cosas aparentemente antagónicas, pero que vienen a ser en el fondo una sola y misma cosa: La crueldad de los mineros encomenderos españoles para con los indios esclavos en la faena, y el orgullo con que son tratados y mirados los españoles que van naciendo en el país, por los españoles venidos de España. Aun como una rama de este último fenómeno, el muchacho constata más tarde cómo la misma espesa y esforzada sangre venida de las Castillas propiamente, va siendo desplazada en los cargos, y sobre todo en las riquezas, habidos en la Colonia, por la sangre más dúctil acaso, pero acaso menos esforzada, de los hidalgos vascongados o catalanes llegados después de la Conquista. Esta triple constatación va dejando en el corazón generoso de don José Alonso de Ibáñez—como piedra primera y sólida que ha de ponerse en el ángulo de un futuro edificio—la primera voluntad moral de rebelión en América hispana. ¡Hermosa y heroica vida precursora la de este hidalgo, que hace más de tres siglos supo conocer y extraer del sentido de la tierra, el sentido de la dignidad del hombre!

Espiritual médula en una firme espina dorsal de hechos, de hazañas y de tragedias, es el amor del héroe, que da vida de poesía al romance. Amor acendrado, enardecido y cuasi místico.

Un acento lleno de enjundia resuena a ratos en los capítulos de este libro de Frontaura Argandoña, así estén algunos de ellos recargados de evocaciones y episodios. De haberse sostenido en él ese estilo ponderado y a veces semi épico que agita las más logradas de sus páginas, «El Precursor» nos habría renovado el sabor y aliento de las grandes novelas en el género. Algunas imperfecciones e impropiedades en el lenguaje («sendos», «percibir», etc.), y cierta falta correlativa de proyección en los elementos naturales, tan capitales como ese monstruoso y fabuloso cerro de plata, a cuyos pies se tendía, viciosamente; la imperial ciudad de Potosí, desdibujan un poco la solidez y armonía de esta buena y bella novela de Manuel Frontaura Argandoña.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



NUEVOS CUENTISTAS CHILENOS, por *Nicomedes Guzmán*.—
Santiago, 1941

Hemos notado en este último tiempo que existe un marcado afán por las selecciones o antologías. Las prensas han lanzado varias a la circulación. Sabemos que hay otras imprimiéndose. Y sorpréndase el lector de saber que hay varias en preparación. Estamos en la época en que las antologías están en su apogeo. No desdeñamos esta clase de trabajo siempre que ellas se hagan con un consciente espíritu de selección, o con el objeto de presentar algo desconocido que merezca divulgarse. Pero está sucediendo que muchas de ellas no significan aporte alguno a la vida literaria.

Nicomedes Guzmán, joven poeta y novelista que ha obtenido el éxito y la consagración literaria por su novela «Los hombres oscuros», presenta en su antología «Nuevos cuentistas chilenos» a un grupo de narradores que encontramos justo darlos a conocer, y que por sus valores individuales bien merecen el aliento y la publicidad. Si hay defectos en algunos de